CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N. L.

Y ella decía, con la voz un poco ronca, sin fuerzas para sonreir:—Moriremos.

A veces, al revés, él cerraba los párpados esperando. Ella, que conocía aquel artificio, inclinábase sobre él con meditada lentitud á besarlo. No sabía el amado dónde recibiría aquel beso que, en su voluntaria ceguedad, vagamente presentía. En aquel minuto de espectación y de incertidumbre, un ansia indescriptible agitaba todos sus miembros, semejante en su intensidad al terror de un hombre vendado que estuviera bajo la amenaza de una marca de fuego. Cuando, por fin, los labios lo tocaban, reprimía con esfuerzo un grito. Y la tortura de aquel minuto le agradaba, porque no es raro que el sufrimiento físico en el amor atraiga más que el halago. Elena también, por ese singular espíritu imitativo que impulsa á los amantes á devolver exactamente una caricia, quería probar.

—Me parece—decía, con los ojos cerrados,—que todos los poros de mi piel sean como un millón de pequeñas bocas anhelantes de la tuya y anhelosas de ser elegidas, envidiosas la una de la otra...

Y entonces, por equidad, él se ponía á cubrirla de besos rápidos y espesos, recorriendo todo su cuerpo, sin dejar intacto el más mínimo espacio, sin interrumpir un segundo su obra. Ella reía, feliz, sintiéndose envolver como por un invisible velo húmedo y cálido; reía y gemía, loca, sintiendo la furia de aquellos besos tempestuosos; reía y lloraba, delirante en el paroxismo del plaoer, no pudiendo ya soportar aquel devorante ardor. Después, con un esfuerzo repentino, aprisionaba entre sus brazos

el cuello de su amado, le enlazaba con sus cabellos, lo estrechaba y lo retenía como á una presa palpitante. Y él, fatigado, contento y feliz en ceder, permanecía cautivo de aquellos lazos.

Elena, contemplándole, exclamaba:

—¡Cuán joven eres!

La juventud en él, á pesar de todas las corrupciones, de todas las disipaciones, resistía, persistía, á semejanza de un metal inalterable, de un aroma indestructible y tenaz. El esplendor sincero de la juventud era, precisamente, su cualidad más preciosa. A la gran llama de la pasión, cuanto en él había de más falaz, de más triste, de más artificioso, de más vano, se consumía como en una hoguera. Tras la disolución de la fuerza producida por el abuso del análisis y de la acción *separada* de todas las esferas interiores, volvía á la unidad de las fuerzas, de las acciones, de la vida; reconquistaba la confianza y la espontaneidad; amaba y gozaba siempre juvenilmente. Algunos de sus abandonos parecían más propios de un muchacho inconsciente; algunos de sus caprichos estaban llenos de gracia, de frescura y de ardor.

—Algunas veces—le decía Elena,—mi ternura por tí se hace más delicada que la de una amante. Yo no sé... se vuelve casi maternal.

Andrés reía, porque ella era mayor apenas en tres años.

—Algunas veces—decíala él,—la comunión de mi espíritu con el tuyo me parece tan casta que yo te llamaría hermana, besándote las manos.

Estas falaces purificaciones y elevaciones del

CAPILLA UNIVERSITARIA BIBLIOTECA N. L.

sentimiento ocurrían siempre en los lánguidos intervalos del placer, cuando sobre el reposo de la carne el alma experimentaba una vaga necesidad de idealidad. Entonces, también, resurgían en el joven las idealidades del arte que él amaba; y en su inteligencia se agrupaban todas las formas en otro tiempo buscadas y contempladas, que pedían salir, y las palabras del monólogo goethiano le estimulaban.—«¿Qué puede bajo tus ojos la ardiente naturaleza? ¿Qué puede la forma del arte en torno de tí si la apasionada fuerza creadora no te llena el alma y no afluye á la punta de tus dedos, incesantemente, para producir?» El pensamiento de dar alegría á la amante por un verso numeroso ó con una línea noble, lo empujaba á la otra. Escribió *La Simona*, é hizo las dos aguas fuertes, la del *Zodiaco* y la de *La Copa de Alejandro*.

El cogía, en el ejercicio del arte, los instrumentos difíciles, exactos, perfectos, incorruptibles: la métrica y la incisión, é intentaba proseguir y renovar las formas tradicionales italianas, con severidad, realzándose á los poetas del *estilo nuevo* y á los pintores que precedieron al *Renacimiento*. Su espíritu era esencialmente *formal*. Más que el pensamiento amaba la expresión. Sus ensayos literarios eran ejercicios, juegos, estudios, requisas, experimentos técnicos, curiosidad. Pensaba, con Enrique Heine, que es más difícil componer seis versos hermosos que ganar una batalla campal. Su *Fábula del Hermafrodito* imitaba en la estructura la *Fábula de Orfeo*, de Poliziano, y tenía estrofas de extraordinaria delicadeza, potencia y harmonía,

especialmente en los coros de monstruos de doble naturaleza: centauros, sirenas y esfinges. Su nueva tragedia *La Simona*, de forma breve, tenía un sabor singularísimo. Magüer rimara en el antiguo metro toscano, parecía imaginada por un poeta inglés del siglo de Isabel sobre una novela del *Decameron*, y encerraba en sí una parte del dulce y extraño encanto que hay en algunos pequeños dramas de Guillermo Shakespeare.

En el frontispicio del *Ejemplar Unico* el poeta señaló así su obra: «A. S. CALCOGRAPHUS AQUA FORTI SIBI TIBI FECIT.»

El cobre le atraía más que el papel, el ácido nítrico más que la tinta, el buril más que la pluma. Ya uno de sus antepasados, Justo Sperelli, había ensayado el grabado. Algunas de sus estampas, ejecutadas allá por el año 1520, revelaban manifiestamente la influencia de Antonio Pollajuollo por la profundidad y casi diríamos lo acerbo del dibujo. Andrés tenía la factura de Rembrandt *á trazos libres* y la *manera negra* predilecta de los pintores ingleses de la escuela de Green, del Dixon, del Earlom. Había formado su educación artística inspirándose en todos los ejemplares, había estudiado detenidamente el efecto perseguido por cada grabador, había aprendido de Alberto Durero y del Parmigianino, de Marco Antonio y del Holbein, de Aníbal Caracci y de Mac-Ardell, de Guido y de Calotta, de Toschi y de Gerardo Audrán; pero su estilo y su manera propia, sobre el cobre, era éste: hermanar con los efectos de luz del Remblandt las elegancias de dibujo de los artistas florentinos pertenecientes á la segunda generación, como Sandro Boticelli, Dominico Ghirlandajo y Filipino Lippi.

CAPILLA UNIVERSITARIA BIBLIOTECA N. 1

Sus dos últimos cobres representaban, en dos episodios de amor, dos actitudes de la Belleza de Elena Muti, y tomaba el título de los accesorios.

Entre los objetos más preciosos que poseía Andrés Sperelli había una colcha de seda fina, de un color azul pálido, con los doce signos del Zodiaco bordados á su alrededor, con las denominaciones Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitarius, Capricornio, Acuario y Piscis con caracteres góticos. Un Sol pespunteado ocupaba el centro del círculo; las figuras de los animales, dibujadas con un estilo un poco arcaico que recordaba el de los mosaicos, tenían un esplendor extraordinario: toda la estofa era digna de cubrir un tálamo imperial. Ella, en efecto, provenía del equipo de Blanca María Sforza, sobrina de Ludovico el Moro, esposa que fué del emperador Maximiliano.

La desnudez de Elena no podía, en verdad, tener un más rico ropaje. A veces, mientras Andrés estaba en otra habitación, ella se desnudaba rápidamente y se metía en la cama, debajo de la admirable colcha, y llamaba á su amante. Y cuando éste acudía al llamamiento, recibía la impresión de una divinidad envuelta en una zona de firmamento. También, á veces, para ir á la chimenea, levantábase del lecho, llevando consigo el ropaje sideral. Friolenta, se rebujaba toda ella en el manto zodiacal, y caminaba á pie descalzo, con paso breve, para no enredarse con los pliegues abundantes. El sol

resplandecía en las espaldas, á través de los cabellos sueltos, el Escorpión le cogía un pecho; un gran fragmento zodiacal arrastraba detrás de ella, sobre la alfombra, barriendo las rosas que acababa de esparcir.

Una de las aguas fuertes representaba precisamente á Elena, dormida, bajo los signos celestes. La forma femenina aparecía moldeada por los pliegues de la estofa, con la cabeza abandonada un poco fuera del borde del lecho, con los cabellos lloviendo en cascada y que lamían el tapizado suelo, con un brazo colgante y el otro á lo largo del costado. Las partes no ocultas, ó sea el rostro, el seno y los brazos, eran luminosísimos, y el buril había dado gran relieve al centelleo de los recamos en la penumbra y el misterio de los símbolos. Un alto lebrel blanco, Famulus, hermano del que posa la cabeza sobre las rodillas de la condesa d'Arundel en el cuadro de Pedro Pablo Rubens, extendía el cuello hacia la dama, mirando, firme sobre sus cuatro patas, dibujado con una feliz valentía de escorzo. El fondo de la estancia era opulento y obscuro.

La otra agua fuerte referíase al histórico jarrón de plata que Elena Muti había heredado de su tía Flaminia, y que se llamaba la «Copa de Alejandro».

Este histórico jarrón fué donado á la princesa de Bisenti por César Borgia, antes de partir para Francia á llevar la bula de divorcio y las dispensas del matrimonio á Luis VII, y debía de haber formado parte del fabuloso equipaje que el Valentino

CAPILLA UNIVERSITARIA BIBLIOTECA N. L.

llevó consigo á su entrada en Chinon, descrita por el señor de Brantóme. El dibujo de las figuras que giraban en torno, y las que surgían de los bordes de las dos extremidades, se atribuían al Sanzio.

La copa se llamaba de Alejandro porque fué compuesta en memoria de aquella otra prodigiosa, en la que en los grandes festines solía prodigiosamente beber el Macedonio. Grupos de Sagitarios contorneaban los flancos del vaso, con los arcos tendidos, tumultuosos, en las actitudes admirables de aquellos otros que Rafael pintó desnudos y saeteando contra l'Erma en el fresco que hay en la sala del palacio de los Borgias, decorada por Juan Francisco Bolognesi. Perseguían una gran Quimera, que surgía por encima del borde, como una asa, en la extremidad del vaso, mientras en la parte opuesta brincaba el joven sagitario Bellerofonte, con el arco tendido contra el monstruo nacido del Tifón. Los adornos de la base y del borde eran de una muy rara elegancia. El interior estaba dorado como el de un copón; el metal era sonoro como un instrumento; su peso, de trescientas libras, y su forma era en un todo harmoniosa.

A menudo, por capricho, Elena Muti tomaba en aquella copa su baño matutino; pues en ella podía muy bien sumergir, si no tender, toda su persona, y nada, en verdad, igualaba la suprema gracia de aquel cuerpo recogido en el agua que el dorado teñía de una indescriptible tenuidad de reflejos, porque el metal no estaba plateado todavía y el oro moría.

Encantado de las tres formas diversamente ele-

gantes, la de la mujer, la de la copa y la del lebrel, el artista encontró una composición de líneas bellísimas. La mujer, desnuda, en pie, dentro del jarrón, apoyándose con una mano sobre la saliente de la Quimera y con la otra sobre la del Bellorofonte, se inclinaba hacia adelante para halagar al perro que, plegado en arco sobre las patas delanteras abatidas y sobre las posteriores derechas, á semejanza de un felino cuando va á saltar, alargaba hacia ella el hocico largo y sutil como el de un sollo, agudamente.

Jamás Andrés Sperelli había gozado y sufrido con más ardor la intensa ansiedad del artista al vigilar la acción del ácido, ciega é irreparable; jamás había con más ardor aguzado la paciencia en la sutilísima obra de la punta seca sobre las asperezas de los pasajes. El había nacido, en verdad, calcógrafo como Lucas de Olanda. Poseía una ciencia admirable (que era quizás un raro sentido) de todas las mínimas particularidades de tiempo y de grado que concurren á variar infinitamente sobre el cobre la eficacia del agua fuerte. No solamente la práctica, la diligencia y la inteligencia, si que aquella especie de sentido nativo, casi infalible, le advertía del momento preciso, del instante puntual, en que la corrosión llegaba á dar tal preciso valor de sombra que en la intención del artista debía tener la estampa. Y en el dominar tan espiritualmente aquella energía bruta, y casi pudiera decirse, en el infundirle su espíritu de arte y en el sentir no se qué oculta correspondencia de medida entre el batir de su pulso y el progresivo morder del ácido,

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

estaba su embriagador orgullo, su tormentosa alegría.

A Elena parecíala ser deificada por su amante, como Isotta lo había sido en las indestructibles medallas que Segismundo Malatesta hizo acuñar para glorificarla.

Pero ella, en los días precisamente en que Andrés atendía á su obra, se ponía triste y taciturna y suspirosa, como bajo la presión de una secreta é íntima angustia. Tenía de improviso, efusiones de ternura tan arrebatadora, mezclada de lágrimas y de sollozos mal reprimidos, que el joven quedaba atónito, lleno de sospechas, sin comprender.

Una tarde regresaban á caballo del Aventino, por la pendiente de la vía de Santa Sabina, llevando todavía en sus retinas la gran visión de los palacios imperiales incendiados por el crepúsculo, rojos de llamas entre los cipreses negruzcos que penetraba un polvillo de oro. Cabalgaban en silencio, porque la tristeza de Elena habíase comunicado al amante. Frente á Santa Sabina, Andrés detuvo su bayo corcel, diciendo:

—¿Te acuerdas?

Algunas gallinas, que picoteaban en paz entre los montones de hierbas, se dispersaron á los ladridos de *Famulus*. La plaza, invadida por las granas, estaba tranquila y silenciosa como el sagrario de una aldea; pero los muros tenían esa luminosidad singular que refleja de los edificios de Roma «en la hora del Tiziano».

Elena se detuvo también.

—¡Cuán lejano parece aquel día!—dijo, con voz algún tanto temblorosa.

En efecto, aquel recuerdo se perdía indefinidamente en el tiempo, como si su amor durase muchos meses, muchos años. Las palabras de Elena habían suscitado en el alma de Andrés esta ilusión extraña, á la par que una inquietud. Ella se puso á recordar todas las particularidades de aquella visita, hecha en un mediodía del mes de Enero, bajo un sol precozmente primaveral. Se extendía en minuciosidades, insistiendo, y de vez en cuando interrumpíase como quien sigue, más allá de sus palabras, un pensamiento no expresado. Andrés creyó sentir en la voz de su amada un lamento. ¿Qué lamentaba ella? ¿Su amor no veía ante sí días aún más dulces? ¿La primavera no estaba ya en Roma?

El, perplejo, casi no la escuchaba ya. Sus caballos bajaban al paso, uno al lado del otro, resollando fuertemente por sus dilatadas narices ó acercando sus hocicos como para confiarse un secreto. *Famulus* marchaba delante y detrás, en perpetua carrera.

—¿Te acuerdas,—seguía preguntando Elena,—te acuerdas de aquel fraile que nos vino á abrir cuando hicimos sonar la campanilla?

—Sí, sí...

—¡Con qué ojos más estupefactos nos miró! Era pequeño, muy bajo, sin barba, con el rostro muy rugoso. Nos dejó solos en el atrio, para ir á buscar las llaves de la iglesia, y entonces tú me besaste. ¿Recuerdas?

—Sí.

—¡Y todos aquellos barriles en el atrio! ¿Y aquel olor de vino, mientras que el fraile nos explicaba

CAPILLA UNIVERSITARIA BIBLIOTECA U. A. N. L.

las historias esculpidas en la puerta de los cipreses? ¿Y después, la Vírgen del Rosario? ¿Te acuerdas? La explicación te hizo reir y yo al oirte reir, no me pude contener, y reímos tanto delante de aquel pobre hermano que se avergonzó y no abrió más la boca, ni aún á lo último para darte las gracias.

Después de un corto intervalo de silencio, agregó:

—¿Y en San Alejo, cuando no quisiste dejarme ver la cúpula por el agujero de la cerradura? ¡Cómo reímos también allí!

De nuevo se calló. Un cortejo fúnebre subía por el camino acompañando un féretro, seguido por un carruaje de alquiler lleno de parientes que lloraban. El muerto era conducido al cementerio de los Israelitas. Era un entierro mudo y frío. Todos los hombres que componían el cortejo tenían la nariz grande y los ojos rapaces, y se semejaban entre sí como consanguíneos.

A fin de que el cortejo pasase, los dos caballos se separaron, tomando cada uno un lado al rás de la pared, y los amantes se miraron por encima del muerto, sintiendo acrecer su tristeza.

Cuando se reunieron, Andrés preguntó:

—Pero, ¿qué es lo que tienes? ¿En qué piensas?

Ella dudó, antes de responder. Tenía los ojos bajos y fijos en el cuello del animal, acariciándolo con el puño del látigo, irresoluta y pálida.

—¿En qué piensas?—repitió el joven.

—Pues bien, ya que tanto empeño muestras, voy á decírtelo. El próximo miércoles parto, no sé para cuanto tiempo; quizás para mucho, tal vez para

siempre, ¡quién sabe!... Nuestro amor se rompe por mi culpa; pero no me preguntes cómo, no me preguntes por qué, no me preguntes nada, ¡te lo ruego! No podría contestarte.

Andrés la miró, casi incrédulo. La cosa le parecía tan imposible, que no le causó dolor ni pesadumbre.

—Tú lo dices en broma, ¿no es verdad, Elena?

Ella sacudió la cabeza, negando, porque se le había cerrado la garganta, y, súbitamente puso su caballo al trote. Detrás de ellos las campanas de Santa Sabina y de Santa Prisca empezaron á sonar en el crepúsculo. Trotaban en silencio, despertando los ecos bajo los arcos, bajo los pórticos de los templos, en las ruinas solitarias y vacías. Dejaron á la izquierda San Jorge de Velabro, que guardaba todavía el resplandor rojizo del ocaso en los ladrillos del campanario, como en aquel lejano día de felicidad. Costearon el Foro romano, el Foro de Nerva, ya envueltos de una sombra azulada, semejante á la de las nevadas durante la noche. Por fin, se detuvieron bajo el Arco de los Plátanos, donde les esperaban sus palafreneros y el carruaje.

Así que Elena se apeó de su gallardo trotón, tendió la mano á Andrés, evitando mirarle en los ojos. Parecía que tuviese gran prisa en alejarse.

—¿Y bien?—preguntóla Andrés, ayudándola á subir en su coche.

—Hasta mañana. Esta noche, no.

V

La despedida sobre la vía Nomentana, aquel adiós al aire libre exigido por Elena, no resolvió ninguna de las dudas que Andrés tenía en su alma: —¿Cuáles serían las secretas razones de aquella súbita partida?—En vano trataba de penetrar el misterio; las dudas seguían atormentando su espíritu.

Durante los primeros días, los asaltos del dolor y del deseo fueron tan crueles, que el abandonado amante pensó morir. Los celos, que después de los primeros accesos habíanse disipado ante el asiduo ardor de Elena, resurgían en él, despertados por los pensamientos impuros; y la sospecha de que un hombre pudiera esconderse en el fondo de aquella obscura intriga, le causaba un tormento insoportable. A veces invadíale una baja cólera contra la